

Un sueño musical  
donde las claras ondas del diseño  
circundan el ensueño  
de una mitología  
mágica, vegetal  
— algas, peces, madréporas, jardines —,  
como si fuese el mar quien la escribiese,  
al sol del nuevo día  
por todos los confines,  
con el temblor de otra caligrafía.

Y el mar se cambia en todos los colores,  
misterioso concierto  
donde el pincel está a la luz abierto,  
por donde con amor y alas de flores  
navega, abriendo múltiples estelas,  
la Poesía con sus altas velas.

Signos por todas partes. Atracciones,  
enigmas y prodigios, raras fascinaciones.  
Cruje el papel temblando en tela urdido  
y es ya una orografía de relieve,  
es un rey, un profeta enmudecido,  
un sol de piedra, una  
danza que no se mueve  
o la rígida guardia de la luna.

Claro pintor de fábulas, exacto  
dentro aun de la cueva más oscura,  
loco de imagen, ciego de aventura,  
cortador de las rosas de lo abstracto,  
hoy en Roma saludo tu pintura:  
por las revelaciones armoniosas  
que trae al mundo triste en que vivimos,  
por tan humanas, repentinas cosas  
que sólo en ella vimos:  
el pastor, la linterna, el malgobierno,  
el ritmo celular en amarillo,  
Arlequin en Escocia, la serpiente,  
el vaivén entre el cielo y el infierno  
y ese incendiado y volador castillo  
que vuela de tu frente.  
Y hoy también por la hermosa primavera en que alcanzas  
la estrella del más alto y nuevo firmamento,  
Piero della Francesca yergue por ti sus lanzas  
y un caballo encabrita Paolo Uccello en el viento.

(Raphael Alberti, *Corrado Cagli*, Roma, 1967)